



BOLETIN OFICIAL

DEL

OBISPADO DE SALAMANCA

NÚMERO EXTRAORDINARIO

NOS EL DOCTOR DON JULIÁN DE DIEGO Y GARCÍA ALCOLEA,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBIS-
PO DE SALAMANCA, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA ORDEN DEL
MÉRITO MILITAR CON DISTINTIVO BLANCO, ETC., ETC.

*Al venerable Deán y Cabildo de nuestra Santa
Iglesia Catedral; a los Arciprestes, Párrocos y de-
más Clero secular; a los Religiosos de uno y otro
sexo, y a los fieles todos de nuestra diócesis.*

SALUD EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

I

SÍMBOLOS CON QUE ISAÍAS PROFETIZA LA
PAZ QUE HA DE REINAR EN EL MUNDO AL
ADVENIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR JE-
SUCRISTO : : : : : : : : : : : : : : : :

El profeta Isaias describe simbólicamente el reina-
do del Mesías que esperaba el pueblo de Israel, con
estas palabras:

“Y saldrá un renuevo del tronco de Jessé y de su raíz se elevará una flor.

Y reposará sobre él el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad;

Y estará lleno del espíritu del temor del Señor. El no juzgará lo que aparece exteriormente a la vista ni condenará sólo por lo que oye decir;

Sino que juzgará a los pobres con justicia y tomará con rectitud la defensa de los humildes de la tierra y a la tierra la herirá con la vara de su boca y con el aliento de sus labios herirá al impío.

Y el cingulo de sus lomos será la justicia y la fe el cinturón con que se ceñirá su cuerpo.

Habitará el lobo juntamente con el cordero; y el tigre estará echado junto al cabrito, el becerro, el león y la oveja andarán juntos, y un niño pequeño será su pastor.

El becerro y el oso irán a los mismos pastos, y estarán echados en un mismo sitio sus crías; y el león comerá paja como el buey.

Y el niño que aún mama estará jugando en el agujero de un áspid: y el recién destetado meterá la mano en la madriguera del basilisco.

Ellos no dañarán ni matarán en todo mi monte santo, porque el conocimiento del Señor llenará la tierra como las aguas llenan el mar.” (1).

EXPLICACIÓN DE ESTOS SÍMBOLOS. : : :

El profeta simboliza en las fieras más feroces y dañinas al hombre dominado por sus pasiones, porque aquel que se deja esclavizar por ellas no sólo se asemeja a las fieras, sino que las aventaja en ferocidad,

(1) Isaías, XI, 1 a 9.

porque la fiera sólo acomete cuando se ve hostigada por el hambre o cuando se ve obligada a defenderse, mientras que el hombre, cuya razón está oscurecida y esclavizada por el furioso ímpetu de las pasiones desordenadas, llega a extremos de perversidad a que no alcanzan las bestias, aun las dotadas de instintos más fieros.

El león, el tigre, el lobo, el áspid y el basilisco representan al hombre dominado por la soberbia y cegado por la ira, incomparablemente más dañino y perverso que esos animales tan temibles.

Según la profética descripción de Isaías, el advenimiento del Mesías había de señalarse por el dominio de la razón sobre las pasiones en todos aquellos que aceptasen la soberanía del Enviado de Dios, de tal modo, que se asemejarían en inocencia y mansedumbre al niño pequeñito inerte e inofensivo que aún no ha manchado el armiño de la inocencia con la violencia y la malicia.

Aun los corazones soberbios como el león, crueles como el tigre, venenosos como el áspid, al ser iluminados por la doctrina del Salvador del mundo, perderían su ferocidad y veneno hasta el punto de convertirse en tiernos corderillos que un niño puede guiar e incapaces de inferir la menor ofensa ni de ejecutar la más pequeña violencia.

II

CUMPLIMIENTO DE LA PROFECÍA DE
ISAÍAS.—LA PAZ ENTRE LOS HOMBRES
DE BUENA VOLUNTAD SE DA COMO SE-
ÑAL DEL ADVENIMIENTO DEL MESÍAS: :

Quando los ángeles anunciaron a los pastores la venida y nacimiento del Mesías prometido por Dios y

esperado por las naciones, señalaron como el efecto más visible de su venida a la tierra la paz entre los hombres de buena voluntad, es decir, entre aquellos que aceptasen sus enseñanzas y se sometiesen al suave yugo de su ley.

Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, y como Dios verdadero y hombre verdadero, tiene por su propia naturaleza derecho a reinar sobre los demás hombres, pues Él es, en cuanto Dios, creador, conservador y dueño de todas las cosas, y en cuanto hombre, el Primogénito de todos los hombres, el Redentor, el Maestro, el Guía del género humano, pero no ha querido reinar sobre los hombres por la fuerza incontrastable de su omnipotencia infinita, sino por el suave imperio de su divina misericordia.

El mismo profeta Isaías antes citado, describe así la amorosa condición del que había de venir para salvar al mundo:

“Mansísimo y modesto no voceará ni será aceptador de personas: no se oirá en las plazas su voz.

No quebrará la caña cascada ni apagará el pábilo que humea; ejercerá el juicio conforme a la verdad,” (1).

El evangelista San Mateo demuestra cómo se cumplió esta profecía en Nuestro Señor Jesucristo que derramaba sus beneficios sobre todos, curaba los enfermos y llamaba a penitencia a los pecadores, los cuales se asemejan a una caña cascada y al pábilo que humea y que por la gracia de Dios y la contrición de los pecados cometidos puede encenderse de nuevo con la llama de la caridad (2).

Fruto de la mansedumbre y de la humildad, del amor a Dios y al prójimo es la paz del alma que con-

(1) Isaías, XLII, 2 y 3.

(2) Math. XII, 18, 19, 20.

siste en la conformidad de la voluntad propia con la voluntad de Dios, que nuestro Divino Maestro quiso que fuese nuestra aspiración constante y nuestra petición habitual al enseñarnos cómo habíamos de orar con aquellas palabras:

“Padre nuestro que estás en los cielos... Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo... Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores,” (1).

En esta oración, con la que Nuestro Divino Maestro quiere que acudamos cuotidianamente a nuestro Padre celestial, se contienen los tres fundamentos principales de la paz interior, a saber:

1.º Dios es nuestro Padre y debemos amarle como hijos; nuestros prójimos son hijos del mismo padre, y, por consiguiente, debemos amarlos como hermanos.

2.º Es obligación nuestra conformar la propia voluntad con la voluntad divina.

3.º Debemos perdonar las injurias, y el perdón de ellas es condición indispensable para que el Señor perdone nuestros pecados.

Esta paz, que procede del rendimiento perfecto a la voluntad de Dios, es la paz verdadera que Cristo da a los que le siguen y que el mundo no puede dar jamás, porque es dón del cielo (2).

(1) Math. VI, 9 a 12.

(2) Ioann, XIV, 27.

das. Observa el Señor la perfidia y obstinación de los fariseos y no por eso pierde su acostumbrada mansedumbre; procura convencerlos de su ceguedad y sólo cuando ve que cierran voluntariamente los ojos a la luz, pronuncia la sentencia de su reprobación final con frases que dejan traslucir la honda pena de que se sentía lleno su corazón amantísimo (1).

Mas donde se descubre mejor el amor infinito de Nuestro Señor Jesucristo es en su pasión y muerte. Él se entregó voluntariamente por amor a los hombres, sufrió pacientemente los tormentos y las injurias y murió pidiendo a su Eterno Padre que perdonase a los mismos que le habían crucificado.

La caridad de que nuestro Redentor y Maestro nos dió ejemplos tan sublimes es, según la doctrina de San Pablo, la ley fundamental de la vida cristiana, de tal manera, que todas las acciones, por insignificantes que parezcan, se avaloran si son informadas por la caridad, pero resultan vacías e inútiles para la vida eterna si no tienen como base y fundamento esta virtud (2).

El mismo Apóstol, después de la brillante descripción que hace de la virtud de la caridad en su primera carta a los fieles de Corinto, declara que la caridad es no sólo necesaria para conseguir la vida eterna, sino que es la primera de todas las virtudes por la cual todas son vivificadas (3).

EL PRECEPTO DE AMAR A LOS PRÓJIMOS

SE LLAMA «MANDATO NUEVO». — EL POR

QUÉ DE ESTA DENOMINACIÓN : : : : :

Nuestro adorable Salvador, para demostrarnos cuán importante es esta ley de caridad para con los prójimos, quiso promulgarla en la misma noche en que

(1) Mat. XXIII, 2 y sig.

(2) I Cor. XIII, 1.

(3) I Cor. XIII, 13.

se despedía de sus discípulos y en que instituía el augusto sacramento de la Eucaristía, milagro de un amor infinito a los hombres, tal como sólo puede haber en un corazón divino, deseoso de mostrar los inmensos tesoros de su misericordia y de su poder.

El Divino Maestro llama a esta ley *mandato nuevo*, porque, si bien el amor a Dios y al prójimo son preceptos de la ley natural y de la ley escrita, de tal modo habían sido olvidados por los hombres, que el mundo entero, a la aparición de Cristo sobre la tierra, asemejábase a un mar revuelto y tempestuoso agitado por todas las pasiones.

En las naciones más prósperas reinaba una civilización que consentía la división del género humano en dos porciones muy desiguales: la de los poderosos y afortunados, que eran el menor número, y a los cuales todo era lícito, y la de los esclavos, tenidos en menos que cualquier animal doméstico y considerados como cosas entregadas al arbitrio y a los caprichos de su señor.

En el pueblo de Israel, el pueblo escogido por Dios y favorecido con especialísimos dones, la soberbia y el odio se habían apoderado de los príncipes de la Sinagoga, de los sacerdotes del templo, de los fariseos, de los escribas, de cuantos tenían alguna parte en la enseñanza y dirección del pueblo. Estos hombres, que se creían los más fieles cumplidores de la ley de Moisés, estaban cegados por la pasión y tenían el corazón saturado de odio. Odiaban a los demás pueblos, a los que consideraban malditos del Señor, odiaban al que se apartaba de sus minuciosas y ridículas observancias, odiaban a los que creían pecadores, aun después de arrepentidos. La soberbia les impidió conocer al Verbo Divino que había venido al mundo para iluminarlo con los rayos de la infinita sabiduría (1); el odio

(1) Ioan. I, 9.

les impulsó a cometer el horrendo deicidio, que colmó todos sus crímenes.

Llamóse también la ley del amor a los prójimos *mandato nuevo* porque Jesucristo la promulgó de una manera incomparablemente más perfecta que como antes había sido promulgada y porque nos enseñó a cumplirla con su divino ejemplo. El Divino Maestro hace ver en el sermón de la montaña cuánto aventaja en perfección la doctrina por Él enseñada a la promulgada en la ley antigua.

IV

CIVILIZACIÓN NACIDA AL PIE DE LA CRUZ.

—SU INFLUENCIA EN LAS COSTUMBRES

MODERNAS ::::::::::::::::::::

Al pie de la Cruz nació una sociedad nueva y una civilización nueva, cuyo principal distintivo fué la santa virtud de la caridad. Y así como Cristo estableció en el mundo su reinado desde la Cruz y triunfó de los hombres padeciendo y muriendo por ellos, así los cristianos, discípulos e imitadores de Cristo, triunfaron de la sociedad pagana padeciendo y muriendo por Cristo. De este modo se difundió la nueva civilización, no por la fuerza de las armas, sino por la divina sublimidad de sus máximas y por la heroica constancia de sus mártires.

Si el mundo hubiese recibido totalmente y en toda su perfección las máximas y preceptos del cristianismo, es indudable que hubieran terminado todas las guerras y que aun toda humana discordia hubiera desaparecido a impulso de la caridad, fundamento y nervio de la vida cristiana, pero el mundo no ha querido conocer ni recibir a Cristo (1); al contrario,

(1) Ioan. I, 10.

ha hecho resistencia a su ley y le ha perseguido, porque Cristo ha reprendido sus malas obras (1): persigue también a sus discípulos, porque las máximas de Cristo son contrarias a las máximas del mundo (2).

Algunos escritores racionalistas han querido argüir de inutilidad a la predicación de Jesucristo y de los Apóstoles, porque no han logrado disipar completamente entre los hombres las discordias, calmar las pasiones y establecer una perpetua e inalterable paz universal. A esto ha de oponerse que Cristo Nuestro Señor no vino a la tierra a transformar milagrosamente la naturaleza humana ni a destruir el libre albedrío del hombre, sino a llamar amorosamente a las puertas de su corazón, a enseñarle a luchar contra las pasiones y malas inclinaciones y a vencerlas, mostrándole su divino ejemplo y constituyéndose en modelo suyo; pero, si a pesar de esto, el hombre se obstina en no corresponder a los llamamientos de la divina gracia y en apartar sus ojos del ejemplar perfectísimo que Cristo le ofrece, si no quiere apartar de su corazón el amor a las vanidades y grandezas de la tierra, las pasiones continuarán agitándole sin permitirle gozar de la paz verdadera que Jesucristo concede a los que le siguen.

Mas, si bien es cierto que el mundo ha hecho siempre resistencia a la ley de Cristo, no es menos cierto que la elevación, sublimidad y grandeza notorias de los preceptos y máximas evangélicas no han podido menos de influir en las leyes y costumbres de las sociedades modernas, aun a pesar de la contradicción de los mundanos.

La mayor suavidad en las costumbres, el amor a nuestros semejantes manifestado al menos en el lenguaje, aunque no siempre en los hechos, la protección

(1) Ioan. VII, 7.

(2) Ioan. XV, 18.

al niño, al anciano, al enfermo y al débil, la moderación en las contiendas, así en las de carácter privado como en las de carácter internacional, demostrada en los códigos y en los pactos internacionales, consecuencia son de las enseñanzas de Cristo, que han logrado apartar las sociedades humanas de aquel horrendo *Vae victis* que constituía todo el Derecho internacional del mundo pagano.

V

INFIDELIDAD DE LA SOCIEDAD MODERNA
PARA CON JESUCRISTO. —INTENTOS DE
CONSTITUIR UNA CIVILIZACIÓN SIN DIOS

Parecía lógico que la sociedad moderna, conocedora por una larga experiencia de veinte siglos de la altísima perfección que se encierra en la ley de amor y de paz promulgada desde el Calvario, se apegase cada día más a esa ley y procurase inspirar en ella sus códigos; pero la historia de la humanidad demuestra cuán ingrato es el hombre para con Dios y cómo se olvida de Él en medio de la abundancia y de los deleites y cómo las naciones cuando son ricas y prósperas creen bastarse a sí mismas y poder prescindir del Supremo Creador y Legislador.

Las naciones de nuestros días han visto progresar maravillosamente sus industrias, han cubierto los mares de buques gigantescos, abarrotados de ricas mercaderías, han enviado sus hombres de ciencia a las regiones más remotas e ignoradas del globo para arrancarles sus tesoros y, semejantes a *Luzbel* cuando se contempló hermoso y bello en el Empíreo, han lanzado como él contra Dios aquellas soberbias palabras: *Non serviam*; quitaremos a Dios de las leyes y

vanecería el temor de que en adelante estallasen nuevas guerras entre las naciones civilizadas. Y con el fin de fortalecer esa fraternidad, formularon códigos de Derecho internacional y establecieron tribunales de arbitraje que arreglasen pacíficamente las diferencias que pudieran surgir y determinaron reglas para que, aun en caso de no poderse evitar la lucha armada, quedasen garantidas la libertad de los ciudadanos y no sufriesen detrimento la industria, las artes ni el comercio.

Y cuando los representantes de los Estados terminaron sus deliberaciones, levantaron orgullosamente su cabeza anunciando al mundo el imperio del pacifismo

Para conmemorar un acontecimiento tan fausto, se levantó un suntuoso palacio, que fuese como el templo en que todos los pueblos del orbe quemasen incienso en honor de las virtudes cívicas de los modernos estadistas.

Mas, como las naciones habían prescindido de Dios, resultó inútil todo su trabajo. Apenas fué erigido el palacio de la paz, surgieron guerras casi continuas, que, ensanchando de día en día su campo de acción y embraveciéndose cada vez más, han terminado por ocasionar la espantosa hecatombe que estamos presenciando. Las naciones más civilizadas y más poderosas han caído unas sobre otras con ímpetu tan feroz y furia tan desatada como no tiene precedentes en la historia del mundo.

Comarcas prósperas y dilatadas han sufrido los horrores de la devastación; cientos de poblaciones yacen en ruinas y las víctimas de la guerra se cuentan ya por millones, escogidas entre los ciudadanos más jóvenes y vigorosos de los diferentes Estados beligerantes, y la destrucción y la muerte han extendido su imperio, no sólo sobre las naciones de Europa, sino

también sobre los mares y sobre los continentes más distantes.

Los grandes progresos de la moderna civilización, los adelantos de la industria han servido para que los estragos de la guerra hayan alcanzado proporciones nunca soñadas. Los explosivos de fuerza asombrosa, la navegación aérea y la submarina han contribuído a sembrar el espanto y la desolación de tal manera, que casi pudiera maldecirse un progreso cuyos efectos son tan destructores.

Entre el estruendo de las batallas y el formidable estampido de los cañones, parece oírse la voz de la Sagrada Escritura clamando: "*¿Por qué se han reunido las naciones para excogitar cosas vanas?... El que habita en los cielos se burlará de ellos y se mofará de ellos el Señor.*" (1).

El palacio de la paz ha quedado solitario, encerrando entre el polvo de sus archivos los inútiles protocolos que nadie consulta, y roto en mil pedazos el Derecho Internacional.

El hombre del siglo xx ha demostrado que, a pesar del brillo fastuoso de los modernos adelantos, en el fondo conserva la ferocidad del hombre de los tiempos antiguos, y cuando está dominado por la soberbia, por la ambición, por el desordenado apetito de riquezas, puede justamente equipararse a aquellas fieras a que comparaba el profeta Isaías los hombres antes de ser iluminados por la luz del cristianismo.

(1) Ps. II, 1, 4.

VI

LAS GUERRAS GIGANTESCAS QUE ESTÁN
ASOLANDO LAS COMARCAS MÁS RICAS Y
LOS PUEBLOS MÁS PRÓSPEROS DEL MUN-
DO, SON LEGÍTIMA CONSECUENCIA DE
LAS AMBICIONES DE LOS HOMBRES OL-
VIDADOS DE DIOS Y EL CASTIGO DE LA
INFIDELIDAD DE LAS NACIONES : : : :

Sólo la gracia de Dios, cuando es debidamente correspondida, puede enfrenar las concupiscencias y calmar las pasiones, que son el origen de todas las discordias, y por esto debemos considerar las encarnizadas y destructoras guerras que presenciamos, como lógica consecuencia de la indiferencia religiosa de los pueblos y de los gobiernos, del excesivo afán por alcanzar los bienes y comodidades de la tierra y del olvido de los eternos destinos para que el hombre ha sido creado por el Supremo Hacedor.

Es además Dios infinitamente justo y no puede menos de castigar con severo rigor las infidelidades y pecados públicos de las naciones con el doble fin de que queden satisfechos los fueros de la justicia y de que los pueblos heridos por su mano justiciera vuelvan desde la adversidad a Él, cuya misericordia sin límites está siempre dispuesta a recibir y perdonar al pecador verdaderamente arrepentido.

La Sagrada Escritura nos muestra en sus páginas cómo las maldades del pueblo de Israel fueron castigadas por Dios con guerras en que, según la enérgica frase de los Libros Santos, el Señor *entregaba* al pue-

blo Israelita en manos de sus enemigos (1), hasta que, reconociendo sus culpas y sinceramente arrepentido de ellas acudía a desagraviar la divina justicia con actos de penitencia.

La historia nos da igualmente a conocer cómo las grandes apostasías y los grandes pecados públicos han traído en pos de sí guerras prolongadas y asoladoras, que son el azote más terrible y la calamidad más tremenda de todas las calamidades con que la justicia de Dios suele castigar a las pueblos culpables.

La dureza de corazón y la corrupción de costumbres del pueblo Romano, que, a pesar de los divinos llamamientos y del heroico ejemplo de millones de mártires, rehusó entregarse por completo a Cristo, fueron castigadas con la irrupción de los bárbaros. El Imperio de Oriente, reo de grandes infidelidades y contaminado con el cisma, acabó, después de una larga y penosa agonía, a manos de los secuaces de Mahoma. La molicie y los vicios de los visigodos atrajeron sobre España la invasión de los árabes. La apostasía de las naciones del Norte de Europa en el siglo xvi tuvo como consecuencia inmediata una serie de alteraciones y guerras inacabables que comienzan en la *guerra de los paisanos*, ocurrida en el primer tercio de dicho siglo y no terminan hasta después de la *guerra de los treinta años*, a mediados del siglo xvii.

Cuando un individuo se aparta de los preceptos de la ley divina, el mayor castigo que le puede sobrevenir, es el quedar abandonado por Dios al imperio de sus pasiones y concupiscencias, que le hace descender de su alta dignidad de hombre racional e hijo de Dios, creado a su imagen y semejanza hasta los abismos de una degradación inverosímil. De una manera parecida las naciones, que no son más que un conjun-

(1) Iudic. III, 8-IV, 2-VI, I, etc.

to organizado de individuos, cuando se obstinan en vivir separadas de Dios, se convierten en juguete de los malos apetitos y se entregan a violencias y excesos impropios de una nación civilizada.

La obstinación de los pueblos en sus errores y pecados, aun después de haber sido heridos con el castigo de sus culpas, conduce a la divina reprobación, que consiste en la privación de gracias eficaces que conduzcan al arrepentimiento. Este es el mayor castigo en que pueden incurrir los pueblos, si no vuelven sus ojos al Señor en tiempo de las grandes calamidades públicas, aun aquellos que hayan sido más favorecidos con las luces de la Religión verdadera y con el ejemplo de los Santos.

La historia del pueblo judío es una demostración evidente de cómo puede llegar a ser reprobado por Dios el pueblo más favorecido con gracias singulares. Era este pueblo el elegido del Señor para ser el guardián de la divina ley, el heraldo del Mesías prometido, el que había de anunciar a los demás pueblos el advenimiento del Redentor de los hombres, mas por la soberbia que le cegó y le impidió reconocer la majestad del Hijo de Dios bajo las humildes apariencias de un modesto artesano y por la refinada malicia con que persiguió hasta dar muerte al mismo que había bajado del cielo para redimirle, fué reprobado por Dios y convertido de primogénito entre los demás pueblos en testimonio de los más terribles castigos de la divina justicia.

mite a los odios y rencores de que parecen estar poseídos los hombres y disipe los negros nubarrones de pesimismo que al cabo de tantos meses siguen ennegreciendo el horizonte de Europa. Debemos, sobre todo, pedir que aparte a nuestra patria de las sangrientas luchas en que están empeñadas otras naciones y calme los males que, como consecuencia de la guerra, tenemos que soportar, aun los que estamos alejados de ella.

Nuestras oraciones han de ser continuadas y fervorosas, pidiendo al Altísimo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, el cual nos ha prometido que se nos concedería cuanto pidiésemos en su nombre (1), y como la Sagrada Eucaristía es el monumento más grande y la más clara demostración del infinito y tiernísimo amor con que nos ama Jesucristo, y el recibirle en la Sagrada Comunión es el acto por el cual se manifiesta mejor nuestra correspondencia al amor que Él nos tiene, a la frecuente y fervorosa Comunión debemos acudir para forzar dulcemente el Divino Corazón de Jesús, a fin de que se apiade del mundo y lo inflame con el fuego de la caridad, el cual borre los odios y rencores que hoy lo dividen.

SEGUNDO DEBER: TRABAJAR, CADA UNO
EN LA MEDIDA DE SUS FUERZAS PARA
QUE LA DOCTRINA DE CRISTO IMPERE EN
LA VIDA DE LAS NACIONES : : : : :

Mas no debemos acudir sólo a la oración, pretendiendo que el Señor obre el milagro de transformar los corazones de los hombres y la condición de los pueblos sin trabajo alguno nuestro. En las obras hu-

(1) Ioan. XIV, 14.

manas quiere Dios, salvas rarísimas excepciones, que actúen dos elementos diversos: la acción humana y la gracia divina que da eficacia a los esfuerzos de los hombres. Así para la conversión del mundo al cristianismo fué necesaria la predicación de los Apóstoles y de sus sucesores y el ejemplo heroico de los mártires. Por esto los católicos tenemos grandes deberes que cumplir en este punto.

Los Estados, con su complicada organización de gabinetes, parlamentos, tribunales y demás instrumentos de gobierno, son un reflejo de las ideas, públicamente manifestadas y más aún de la vida externa de los ciudadanos que constituyen el Estado. Es verdad que frecuentemente se falsea la opinión de la mayoría acudiendo a procedimientos, que no siempre pueden contrarrestarse con éxito, pero no es menos cierto que ese falseamiento no puede perdurar si no le presta complicidad la indolencia o apatía de los que tienen el deber de ejercer los derechos de ciudadanía y no los ejercen, o por lo menos contribuyen a que se realicen tales suplantaciones, no exteriorizando con la energía y eficacia necesarias sus ideas y sentimientos.

De aquí que no solamente son culpables de la irreligiosidad que hoy contamina la mayor parte de los Estados los que a ella contribuyen directamente, sino también los que siendo cristianos en lo íntimo de su corazón, no exteriorizan estos sentimientos en su vida pública y permiten con su apatía que Cristo sea expulsado de las sociedades.

Para conseguir que cesen los castigos que Dios envía sobre las naciones, es menester que las naciones vuelvan a Él: deber imperioso es en todo aquel que crea firmemente que en Cristo está la salvación, poner de su parte los medios que estén a su alcance para que lleguen pronto los días en que las costumbres y las leyes se inspiren en las enseñanzas del Evangelio.

TERCER DEBER: EL EJERCICIO DE LA CARIDAD ENTRE LOS MUCHÍSIMOS DESGRACIADOS A QUIENES LA GUERRA O SUS CONSECUENCIAS HAN COLOCADO EN SITUACIÓN PRECARIA :::::::::::::::

Otra obligación más pesa sobre nosotros. La guerra no sólo ha causado y continúa causando estragos espantosos en los países en que combaten los ejércitos beligerantes, sino que extiende su acción destructora hasta otros países muy alejados del estrépito de las batallas.

Los intereses económicos de las naciones están entre sí ligados de tal manera que es imposible que los quebrantos que reciben en una nación no repercutan en las demás. Por esta razón los perjuicios ocasionados y que necesariamente han de ocasionarse en lo sucesivo, son de tal magnitud, que acaso no puedan jamás apreciarse con exactitud.

Los combates más violentos se han desarrollado precisamente en países católicos como Bélgica y Polonia, y seguramente son grandísimas las pérdidas que han sufrido los templos, las asociaciones y fundaciones piadosas y muchos hermanos nuestros en la fe. Pero no tenemos que salir de nuestra patria para ver cómo se presentan a diario y cada día más amenazadores conflictos ocasionados por la perturbación económica que sufre el mundo entero.

En circunstancias tan tristes todo aquel a quien Dios haya favorecido con bienes de fortuna debe, en la medida que se lo permitan sus recursos, remediar las miserias de sus hermanos, teniendo en cuenta que el Señor suele permitir estos grandes males para que resplandezcan más las virtudes cristianas y en espe-

cial la de la caridad, que ha de ser la que sobresalga entre todas.

Es además el socorro del necesitado la oración más eficaz ante la divina presencia, pues Cristo confiere al necesitado su especial representación y premia la limosna como si Él personalmente la recibiese, y seguramente si la caridad, según la expresión del Apóstol San Pedro, tiene eficacia bastante para borrar la muchedumbre de pecados (1), con mucha mayor razón ha de tenerla para atraer sobre nosotros las divinas misericordias.

CONCLUSIÓN

En este santo tiempo de Cuaresma, que la Iglesia desea que empleemos principalmente en la meditación de los grandes ejemplos que nos ha dejado Jesucristo Nuestro Señor, acudamos con más fervor que nunca a los templos y dediquemos el mayor tiempo que nos sea posible a la consideración de las verdades eternas, aprovechando para ello la luz que nos suministran las presentes calamidades y esperemos que, mediante nuestras súplicas, el Señor nos concederá la paz verdadera que los ángeles anunciaron en el nacimiento de Cristo y que el mismo Cristo, después de su gloriosa resurrección, prometió a los que lo siguieran.

Nuestra consideración ha de ser fecunda en propósitos firmes, a los que debemos ajustar en adelante nuestra conducta. Los errores en que incurrimos, los torcidos afectos del corazón de que nos dejamos arrebatar, efecto son de que no examinamos los asuntos de la vida presente a la luz de nuestros eternos destinos. Vivimos en medio de un torbellino de negocios

(1) I Petr. IV; 8.

de todo género, y en todo momento solicitan nuestra atención multitud de distracciones que tan largamente ofrece la sociedad contemporánea. De aquí que demos a los bienes terrenos un valor e importancia que están muy lejos de tener, por cuanto ponemos de tal manera la atención en ellos, que olvidamos todo lo demás.

Así como a la escasa luz del crepúsculo se agigantan los objetos que tenemos más cerca y desaparecen los más distantes, del mismo modo, en medio del bullicio de la vida presente se agrandan los bienes de la tierra que tenemos cerca de nosotros y que podemos ver y palpar con los sentidos y se olvidan los bienes del cielo que están más lejanos y sólo pueden percibirse por las facultades intelectuales.

Las grandes calamidades con que Dios aflige a los pueblos, son una brillante luz que da a conocer la inanidad de las vanidades y bienes de la tierra. Esos castigos son una voz potente que llega de lo alto para confundir las voces engañosas de los placeres y deleites sensuales y no debemos menospreciar el poderoso auxilio que esas voces de lo alto nos prestan para no ser engañados.

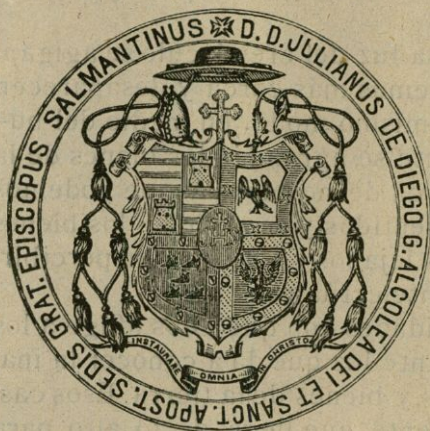
No cerremos nuestros ojos a la luz que el Señor nos envía ni desoigamos los amorosos llamamientos del cielo: a la ordinaria meditación de las verdades eternas, propia de este santo tiempo, unamos la consideración de la vanidad de los esfuerzos humanos cuando no son bendecidos por Dios y de la caducidad de estos bienes materiales a que tanto nos apegamos y que en un momento se disipan, a pesar de todos los cálculos y previsiones de los hombres.

El Señor nos conceda pronto la paz que le pedimos en la vida presente y por último la paz perdurable y eterna, de la que la primera es sólo imperfectísima imagen, en prenda de la cual os concedemos nuestra

bendición en nombre del Pa✠dre y del Hi✠jo y del Es-
píritu✠Santo.

En nuestro Palacio de Salamanca, a 7 de Marzo
de 1916.

✠ JULIÁN, Obispo de Salamanca.



Por mandado de su Excma. Rvma.
el Obispo, mi Señor,

DR. AGUSTÍN PARRADO,

Arcediano-Secretario.

Esta Carta Pastoral será leída al Ofertorio de la misa conventual el pri-
mer día festivo después que se reciba.

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, á cargo de Manuel P. Criado.